

# PRIMERA PARTE



# I

*México, marzo de 1711*

Las velas de las enormes lámparas de araña iluminaban el salón palaciego. No quedaban rastros de aquel incendio que, según me contaran, había provocado la furia de los naturales, desatada por el hambre. La intrincada yesería del techo, las armoniosas escenas campestres de los cuadros de las paredes, enmarcados en madera dorada, e incluso las patas de la mesa sobre la que reposaba el clavicordio, chapadas en carey con incrustaciones de hueso, hacían que el espacio tuviera un aspecto magnífico. El vestuario de los invitados, entre sedas y terciopelos que teñían el lugar de colores tan suaves como dispares, completaba la suntuosidad del salón. «Águeda me ha dicho que será algo íntimo.» El recuerdo de las palabras de mi hermano Álvaro, días antes de aquel encuentro, me hizo sonreír mientras, oculta tras una columna, observaba. Entre la distinción de la Marquesa de Villaverde y la delicadeza de doña Leonor de Silva, esposa del nuevo Virrey, mi tía se veía exuberante, y no exenta de elegancia, con un brillo orgulloso en sus oscuros ojos. «¿Íntimo?» A mis dieciocho años jamás me había visto obligada a asistir a una fiesta tan concurrida. Podría haberme fingido enferma, pero mi hermano había insistido: «Sería más injusto de lo que ya resulta si te lo perdieras». Y la verdad es que tenía curiosidad por observar la reacción del maestro Nuño.

Mi prima Adelaida, maquillada con exquisitez para empalidecer su rostro moreno y resaltar sus rasgos huidizos, abrió el clavicordio. A su lado, Álvaro, que a pesar de mi tía, había escogido una peluca color castaño oscuro, como su cabello, colocó la viola da gamba entre sus piernas en un abrazo erguido que realzaba sus regios hombros y lo hacía aún más apuesto. La mayoría del público seguía charlando, pero las doncellas y las damas del círculo de mi tía enseguida prestaron atención.

La música empezó con una melodía presentada por cuatro acordes que conformaban una textura limpia, una evocación de la pureza. Entonces, una parte de los invitados se cerró alrededor de los músicos mientras el resto seguía disfrutando del vino y la conversación a la espera del baile. Sólo llegaba a mí la dulce voz de la viola, pero sabía que ya había acabado la introducción, por lo que tuve que salir de mi escondite para poder escuchar con claridad el clavicordio, demasiado tenue para la amplia sala. Sin necesidad de abrirme paso entre el tumulto, me quedé a un lado. De reojo reconocí al maestro Nuño, con su eterna gola blanca alrededor del cuello, justo cuando un *crescendo* convirtió a la viola en un galante caballero y al clavicordio en la discreta dama que recibe la flor. La melodía se tornó vívida y la textura se espesó en adornos que llevaban a los enamorados a festejar la llegada de la primavera.

Observé el rostro de mi maestro. Se encontraba al lado de otro caballero de quien apenas distinguía su peluca blanca y el traje, también negro. Sus espesas cejas se esforzaban para no mostrar su disgusto, pero sus labios lo delataban. «¿Qué podía esperar?», me dije a mí misma. Álvaro era su alumno, debería sentirse orgulloso y, sin embargo, cada vez le costaba más. Entonces advertí una disonancia en el acompañamiento e incluso desaparecieron las partes más elaboradas. Mi irritación crecía a medida que escuchaba: alguien había simplificado la partitura del clavicordio. Perdió brío, la pasión de los enamorados quedó reducida a un capricho pasajero... Miré hacia Nuño, pero él mantenía la expresión contenida. «Jamás se hubiera atrevido, mi hermano no le hubiera dejado. ¿Habrá sido ella?» Tuve que contener el impulso de apartar a la gente para sacar a Adelaida del clavicordio, pero la pieza acabó y el público aplaudió entusiasmado. Sólo lo había notado yo, aunque eso no me consolaba en absoluto.

Intenté abrirme paso para llegar hasta Álvaro: su interpretación había sido impecable, como siempre, pero ¿cómo había consentido aquello?

—Estimada señorita Gabriela —dijo Nuño interponiéndose en mi camino—. No la había visto, ni siquiera sabía que estaba aquí. Como siempre, tan discreta.

El hombre de la peluca blanca seguía a su lado, pero esta vez podía verle el rostro y sentí que se me aceleraba el corazón. Con un leve movimiento de cabeza a modo de saludo, sin poder evitar una mirada de soslayo hacia su compañero, conseguí responder:

—Maestro Nuño, mis respetos.

—Gabriela, quiero presentarle al señor Manuel de Sumaya. Maestro Sumaya, la señorita De Oristrell, hermana de Álvaro, a quien ya le presenté antes. Tiene un gran talento.

—¡Vaya, una familia de músicos! —exclamó Sumaya—. Señorita, la felicito por su hermano. Había oído de él, pero no había tenido la oportunidad de gozar de ninguna de sus piezas.

—¿Y qué le parece ahora? —me atreví a preguntar.

—¿Como concepto? Maravillosa. El diálogo entre instrumentos, los *tempi*... Coherente y pasional. ¡Difícil equilibrio y muy bien logrado!

Sentí que el rubor asomaba a mis mejillas. ¿El director del coro de México, el segundo maestro de capilla de la catedral, había dicho lo que acababa de oír? Sus piezas habían conmovido lo más profundo de mi alma, casi tanto como los villancicos de Salazar. ¿Y alababa aquella obra? No podía creerlo. Entonces añadió:

—Lástima de la interpretación, el clavicordio parecía..., digamos inseguro.

Evidentemente, se había dado perfecta cuenta de los errores y la palabra «inseguro» era sólo una manera diplomática de describir lo ocurrido.

—Es algo que intento que la señorita Adelaida mejore —intervino el maestro Nuño—. En ese sentido, Gabriela tiene mayor dominio del instrumento y su interpretación es más rica en matices.

—Entonces, disculpe mi osadía, pero ¿por qué no toca usted con su hermano? —preguntó Sumaya.

—Se la reserva el maestro Nuño para sus propias piezas —dijo de pronto Álvaro a mi espalda—. Disculpen, caballeros, la interrupción.

—Señor De Oristrell, una sonata magistral. Mejor de lo que me habían hecho esperar. Esa entrada de la viola, interesante y arriesgada —comentó Sumaya.

—Si le digo la verdad, no es mío el mérito, sino de mi hermana, la compositora de la familia.

Los dos hombres rieron mientras yo miraba a Álvaro a la par que intentaba reprimir mi indignación y él se encogía de hombros. Aunque sabía que no era su intención, me sentía herida. Había convertido aquello en una burla que invadía el único ámbito de mi vida donde había conseguido que jamás entrara, hasta aquel momento. Las ganas de huir se hi-

cieron apremiantes, aún más al ver que Adelaida se acercaba, pero, precisamente por ello, me contuve. Felicité a mi hermano, no sin una mirada que le hiciera ver que teníamos una conversación pendiente, y me disculpé antes de que ella llegara para escabullirme hasta la puerta más próxima.

\* \* \*

Voluptuosa y exultante en aquel maravilloso vestido, con el recato de ceder todo protagonismo a Álvaro, como joven doncella que sabe ocupar su lugar a pesar de atraer todas las miradas. Adelaida, ya en edad casadera, rozaba la perfección para la cual su madre la había formado. Cuando Álvaro mostró su interés por aprender a tocar la viola da gamba, ella jamás imaginó que llegarían a aquello: no sólo tocaba con su primo, sino que interpretaban composiciones originales que la hacían partícipe de aquel delicioso momento. Mucho mejor que los encuentros musicales en el palacete de los De Oristrell, aunque de ellos hablara toda la ciudad. Aquella actuación, solicitada directamente por la anfitriona, esposa del Virrey, como un favor personal, le había dado una oportunidad inigualable: estaban ante lo más selecto de la sociedad, no sólo de México, sino de la Nueva España. Y los aplausos al acabar su interpretación, su gracilidad al saludar de la mano de su primo, superaban toda expectativa.

Águeda se había asegurado un puesto en la primera fila del público, que al poco quedó encandilado. Pero no le interesaba la reacción de cualquiera, y se sintió aliviada al observar que había conseguido su propósito. Diego no se saldría con la suya: su propia hija era mucho más indicada para sus planes, y Águeda se lo pensaba demostrar. Aquella actuación iba a ser el inicio. En cuanto acabaron los saludos, vio complacida que los músicos recibían la felicitación personal del mismísimo Virrey, don Fernando de Alancastre. Diego, al lado, se veía henchido de orgullo y, a pesar de las arrugas que habían aflorado con los años y las cargas de la vida que habían curvado sus hombros, le recordó a aquel joven alto, de duros rasgos y amplia sonrisa con el que se casó. Pero no pudo intervenir ni observar mucho más: como madre y como tía, le llegaron las felicitaciones, desde la Condesa del Valle de Orizaba hasta la Virreina. Todos alababan las virtudes de su bella hija, la gentileza de su apuesto sobrino y el talento de ambos.

Cuando al fin recuperó el ángulo de visión, divisó a su marido charlando con unas personas que le seguían con mucha atención: el virrey don Fernando, su hijo menor y el Marqués de Villaverde, pero Adelaida y Álvaro habían desaparecido. La decepción no pudo ser mayor. Ahí radicaba la verdadera oportunidad. ¿Cómo lo había pasado por alto Adelaida? Miró a su alrededor. Entre los invitados, pudo distinguir la peluca castaña de su sobrino. Seguro que, como siempre, encontraría a su hija lo más cerca posible de su primo. Avanzó decidida a enmendar la situación.

\* \* \*

—Entonces, ¿queda confirmado? ¿Zaragoza se entregó? —preguntó Diego mientras exhalaba el humo de su cigarro.

—Sí, el cuatro de enero, sin lucha —respondió don Fernando llevándose las manos a la solapa dorada de su casaca—. Por fin han reconocido que el único y verdadero Rey de España es don Felipe de Anjou y no Carlos de Habsburgo.

Diego dio otra calada a su cigarro, pensativo. Desde Navidades no recibía carta del tío Eusebi. De pronto, sintió que el Marqués de Villaverde le daba unas palmadas en la espalda mientras, con una sonrisa, comentaba:

—Tranquilo, hombre. Esto pronto se va a acabar. ¿Cuánto puede quedar para que Cataluña entre en razón? Si hasta los ingleses, sus grandes aliados, quieren pactar.

—Claro, usted debe ser de los pocos hombres de negocios que quiere que acabe esta larga guerra, ¿no? —comentó Tomás, el hijo menor del Virrey—. Al fin y al cabo, el vino con el que nos ha obsequiado para esta fiesta es de tierras catalanas.

—Sí, debe ser un incordio pensar en los suministros —convino su padre.

—Lo compran desde Sevilla y es allí donde yo lo obtengo. Si no viera de Cataluña, lo traerían de Castilla, ¿no cree?

Don Fernando asintió con una sonrisa. Todos sabían que el comercio con la Nueva España estaba controlado por la Casa de Contratación de Sevilla, y catalanes, valencianos, aragoneses y demás no podían comerciar directamente con las Indias Occidentales. Si Diego de Oristrell obtenía sus mercancías de otro modo, no podía decir otra cosa. Pero aun así

Fernando de Alancastre no tenía duda de la integridad de aquel hombre. Antes de aceptar su regalo para la inauguración de aquel salón, el primero de lo mucho que le quedaba por reconstruir del Palacio Virreinal, había comprobado sus cuentas con la Hacienda Real de la mano del Marqués y, para su gran satisfacción, había observado que los tributos de sus tres minas de plata eran pagados sin escatimar un real a la Corona. De Oristrell era honrado, y una de las mayores fortunas de la Nueva España.

—Sus padres eran catalanes, ¿no? —preguntó don Fernando.

—Mi madre era hija de hidalgos toledanos y el linaje de mi padre es el de un antiguo condado gerundense —respondió Diego, llevándose el cigarro a la boca.

—¿Y su esposa?

—Desciende del marquesado del Valle de Oaxaca —intervino el Marqués de Villaverde.

Diego frunció el ceño. Aún perduraban los rumores que tanto dinero le costó acallar a la muerte de su suegro. ¿Habrían llegado ya al Virrey, que apenas llevaba unos meses en la Nueva España? No podía dejar de sentirse incómodo. Sabía que don Fernando había comprobado todas sus cuentas con la Hacienda Real y suponía que también había preguntado por su linaje. Lo que no podía saber era qué le habían dicho respecto al de su mujer.

El Virrey sonrió satisfecho, lo cual alivió a Diego, y aún más al ver que su esposa se acercaba a ellos. Sin embargo, no pudo dejar de sentirse contrariado cuando se dio cuenta de que venía con Adelaida.

—Señora De Oristrell, justo ahora me comentaban que pertenece al linaje que conquistó estas tierras para nuestro glorioso Reino —dijo don Fernando mientras Águeda fingía turbación—. Creo que no conoce a mi hijo pequeño, Tomás.

El joven hizo una reverencia y Águeda aprovechó la ocasión:

—Esta es nuestra hija mayor, Adelaida.

Tomás se inclinó ante ella y dijo:

—Permítame felicitarla por su interpretación.

Don Fernando rió:

—Mi hijo ha heredado de su madre la pasión por la música. De hecho, no han dejado de insistir un instante para que encargara una ópera a Manuel de Sumaya.



Águeda clavó los ojos en su hija y esta, con un sutil pero coqueto ademán, intervino:

—Mi agradecimiento infinito, entonces, pues hasta el momento no hemos tenido la oportunidad de ver representada una ópera.

—Mi sobrina Gabriela también está entusiasmada con ello —comentó entonces Diego—. Es la hermana melliza de Álvaro, el compositor.

Águeda miró a su esposo, él le dedicó una sonrisa mientras, satisfecho, daba una calada a su cigarro, y ella contraatacó:

—Querida Adelaida, ¿por qué no la buscáis y se la presentas a Tomás? Si alguna vez tenemos el honor de que acuda a uno de los encuentros musicales que organizamos en nuestra casa, podrá también escucharla.

—Desde luego, el honor será mío —respondió el joven.

Ofreció su brazo a Adelaida mientras miraba a Diego en busca de aprobación y, cuando él asintió, ambos abandonaron al grupo. Entonces Águeda devolvió la sonrisa a su esposo.

\* \* \*

La quinta Marquesa del Valle de Orizaba era una anciana viuda, cuyo gusto por la buena mesa había agrandado su silueta, aunque no su talla menuda ni la jovialidad que se reflejaba en el brillo de sus ojos. De gestos vigorosos, le plantó un sonoro beso en la mejilla, como si fuera un chiquillo, y le susurró al oído:

—Con nuestra querida Gabrielita hubiera sonado mucho mejor.

Luego se separó de él, le sonrió y añadió:

—Y ahora ve a disfrutar, jovencito. Ya falta poco para que empiece el baile.

Álvaro se inclinó ante doña Graciana con teatralidad caballeresca y le dio un sonoro beso en la mano. La anciana rió y prácticamente le empujó para que se marchara. El joven se acercó a un indio vestido con librea y tomó una copa de vino de la bandeja que portaba.

—¿Otra? —preguntó una voz ronca tras de sí, en tono burlón.

—Me podría beber tres jarras enteras y no estaría a tu altura —respondió él mientras se volvía.

Ernesto, con una prominente barbilla rematada por un hoyuelo, asintió para darle la razón y alzó su copa para brindar.

—Por el gran músico. ¡Jamás pensé que tu fama vendría tan bien a nuestros planes! —comentó. Se apoyó en una columna y miró hacia la vieja Marquesa—. Y además, tienes a todas las beldades de la fiesta a tus pies.

—Envidioso —le susurró Álvaro antes de dar un buen trago a su copa.

—Desde luego. Hay que ver cómo está pendiente de ti Adelaida cuando tocas. Yo no lo resistiría...

—¡Idiota! Es mi prima.

—Bella igual.

—Tú no la conoces bien.

—Me encantaría. Mi padre me ha hecho insinuaciones. El marquesado de Villaverde y los De Oristrell somos buenos aliados. Tu tío y mi padre, tú y yo... Creo que la tiene en cuenta para un futuro matrimonio. Eso también nos vendría perfecto.

—Pero, entonces, ¿no la dejarías tocar en público?

—Ni hablar. ¿Crees que soy el único que se fija en sus voluptuosos encan...?

Ernesto se interrumpió con la mirada fija en los invitados.

—Mejor, así podría tocar con Gabriela —dijo Álvaro.

El futuro Marqués de Villaverde ni lo escuchó. Tenía los ojos clavados en Adelaida, del brazo del hijo del Virrey. Álvaro le dio una palmada y dijo:

—Vamos, no dejaremos que ese recién llegado te la quite. Hay que luchar por nuestros negocios, y mejor si te resulta placentero, ¿no?

\* \* \*

Las risas de Nuño no me importaban. Sentía que era un hombre carente de honestidad. Lo percibía en sus obras, recargadas para mi gusto. Su excesiva ornamentación no tenía mayor finalidad que lucir sus conocimientos, en lugar de conectar con el alma. Pero me habían herido las risas de Manuel de Sumaya, que se repetían en mi cabeza mientras avanzaba sin rumbo por aquel pasillo. Comprendí que me estaba dejando llevar por algo irracional, pero no podía evitarlo. Di a un patio interior rodeado de estancias. La zona sur aún presentaba las huellas de aquel incendio, pero las estrellas titilaban y el hermoso jardín yacía adormecido por el invierno.

De pronto me di cuenta de que no sabría volver sobre mis pasos. «Deberías haberte quedado a escuchar lo que hablaba con tu hermano, al fin y al cabo lo importante es la partitura», me decía a mí misma. Pero ¿para qué? Tampoco hubiera sido un juicio sobre la verdad.

Al otro lado del patio se abría un pasillo del que venían voces. Yo no debía estar allí y aún no quería confesarme perdida para que me devolvieran a la fiesta. Estaba demasiado contrariada, enfadada, para ser la dama comedida que Águeda pretendía. Pero ¿qué era peor? ¿Soportar las consecuencias de haber desaparecido o las de perder la compostura en algún momento? Las voces se aproximaban: enseguida llegarían al patio. Debía tomar una decisión. Entonces vi aquel cuadro, una representación de Santa Cecilia muy diferente a la que tanto llegué a amar en la iglesia de la hacienda: esta estaba sola, sin ángeles con laúd, con sus manos sobre el teclado elevando su plegaria musical al Señor. Miré la puerta que estaba al lado, oí un estruendo de cristales rotos en el otro extremo del jardín y me metí dentro de una habitación en penumbra.

Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse. En la chimenea quedaban algunos rescoldos que iluminaban la silueta de una butaca. En el lado opuesto de la habitación había una mesa alta con una banqueta cuyas policromías destellaban. Me acerqué, encima había un candelabro y encendí sus velas con la lumbre mortecina de la chimenea. Me volví de nuevo para examinar la habitación. Lejos de la ostentación del salón de la fiesta, aquella estancia presentaba un aspecto austero, pero acogedor. El suelo estaba totalmente cubierto por una mullida alfombra de motivos vegetales que, junto a los cortinajes cerrados, de un azul pálido, parecían querer tranquilizarme. Cerca de mí había una estantería atiborrada de libros y, entonces, me di cuenta de que la mesa de la que tomé la vela no era normal: su forma parecía triangular, con una banda curvada que formaba una hermosa cola, toda decorada con incrustaciones de hueso en armonía con la reluciente madera de la repisa que sobresalía por delante.

Me acerqué fascinada. Había oído hablar de aquello, pero jamás había visto uno. Sin dudar, abrí la repisa y el teclado se descubrió ante mis ojos. Era más amplio que el del clavicordio y, si lo que me había contado Nuño era verdad... Pulsé una tecla. La cuerda sonó aprisionada y, sin dudar, dejé el candelabro sobre la parte delantera para acercarme a la curva de la cola. Levanté la tapa, pesaba mucho, pero logré fijarla arriba con la barra que

había en el interior. Por dentro, la tapa era el lienzo de una delicada pintura, probablemente del mismo artista del cuadro de Santa Cecilia, pues allí estaba el resto: los ángeles con sus laúdes, flotando en el paraíso.

Me senté frente al teclado. ¿Qué otra oportunidad tendría para tocar un clavecín? Pero entonces oí unos pasos solitarios. Tuve el impulso de esconderme, presa de viejos recuerdos. Sin embargo, quien quiera que fuera pasó de largo y me dejé llevar. En cuanto las primeras notas dieron respuesta a la viola da gamba que fluía en mi cabeza, toda la frustración que me había llevado hasta allí se disipó.

\* \* \*

—No sé si esto es prudente, señorita De Oristrell.

—Mi prima tiende a esconderse, y yo tengo una misión —respondió Adelaida con una sonrisa coqueta—. No se preocupe, sólo echaremos un vistazo. No creo que noten nuestra ausencia, por lo menos hasta que empiece el baile.

Y de nuevo se entrelazó al brazo de Tomás, aunque en esta ocasión él no se lo ofreciera. Antes de salir, ella miró hacia atrás. ¿Surtía efecto? Sí, Álvaro y Ernesto mantenían los ojos sobre ellos. Y quería que la vieran abandonar la fiesta, aunque fuera por unos instantes, con el hijo del Virrey, precisamente porque este tenía razón y podía considerarse imprudente. Además, era un joven apuesto, de rasgos equilibrados, quizás algo finos para su gusto, y unos ojos de un color oscuro indefinible, aunque no había nada opaco en su expresión. Ideal para provocar celos, e inofensivo. A Adelaida le hacía gracia su pudor, nada forzado, tan sincero en comparación a los otros jóvenes que se acercaban a ella.

Tomás no supo cómo resistirse a aquella bella doncella y se dejó guiar. Su recato inicial había desaparecido y parecía saber usar sus encantos naturales tanto como sus miradas, lo cual la hacía aún más atractiva. Sin embargo, podían meterse en un lío y, aunque sabía que su padre estaba interesado en los De Oristrell, no tenía claro si aquella conversación sobre el origen de la familia estaba orientada a lo que él imaginaba. Hablaría con él. No quería que aquella situación acabara desembocando en un desenlace forzado por honor y no deseado por su progenitor. Mientras su hermano mayor combatía en Castilla, él ya era un hijo bastante decep-

cionante como para empeorar las cosas. Tras doblar un par de esquinas por los laberínticos pasillos del palacio y responder con corrección a las preguntas de Adelaida sobre su llegada a México, Tomás tenía las manos sudorosas y temió la reacción de su cuerpo. Estaba a punto de decir algo para volver hacia atrás cuando, a través de una arcada, vio la silueta de un hombre apoyado en la pared. Lo reconoció y se sintió aliviado. Estaba absorto y enseguida entendió la razón.

—No sé dónde se habrá metido mi prima —dijo de pronto Adelaida—. Quizás ha regresado al salón. ¿Quiere volver, señor De Alancastre?

—Vayamos a saludar —respondió, siendo esta vez él quien guiaba.

\* \* \*

Se encadenaron los acordes, al principio tal y como deberían de haberse sucedido en la fiesta. Cerré los ojos y me entregué a la inusitada riqueza que le daba el clavecín, de sonido más brillante que el clavicordio. Pronto mis manos tomaron las riendas por su cuenta y exploraron aquel teclado mayor. La sonata inicial se difuminó y se transformó en una pieza nueva. Aparecieron fugas gozosas de la libertad que le daba el instrumento y, a la par, en mi mente crecía la melodía de la viola y respondía con un halo de luces trenzadas.

Cuando acabé y mis ojos se abrieron de nuevo en aquella habitación, se me apareció el camino a la fiesta con claridad. Cerré el teclado y la tapa. Me despedí del clavecín con una caricia y apagué las velas para salir.

—¿Usted?

En la puerta, Manuel de Sumaya me miraba sorprendido y se me encendieron las mejillas. A su lado había un joven de aspecto delicado acompañado por mi prima Adelaida, que enseguida borró su expresión de sorpresa y desagrado para adoptar aquel aire relajado y sonriente que tanto ensayaba frente al espejo.

—¡Por fin te encontramos! Ella es mi prima, Gabriela de Oristrell. Espero que no os haya ofendido que deambule así por vuestra casa.

—¡Por Dios, no! —respondió él inclinándose ante mí—. Tomás de Alancastre, a sus pies, honrado de que mi salón privado le haya servido de cobijo.

Le devolví la reverencia, muda, sin saber qué decir. Adelaida se lo diría a su madre, para eso no había remedio. Pero ¿Sumaya allí? Me palpitaba el corazón, acelerado.

—Jamás imaginé que sería usted —dijo ofreciéndome su brazo. Temblorosa lo tomé y volvimos hacia el salón.

\* \* \*

Era una joven de movimientos pausados, cuya mirada cobriza adquiría una extraña mezcla de resignación y vivacidad. El rubor de sus altos pómulos desapareció tan rápido como asomó una sonrisa a sus rasgos, cincelados con elegancia. Había algún motivo, demasiado terrenal para él. Por eso mantuvo la discreción, a pesar de las muchas preguntas que acudían a su mente durante lo que le pareció un largo retorno hacia el salón. En cuanto pudo, se disculpó, aún demasiado emocionado. Había reconocido en aquel patio la pasión que lo impulsó a él a seguir su propio corazón. Y aguardó pensando: «Este es el intérprete que necesito para mi ópera». La decepción se mezcló con la incredulidad cuando de aquella habitación salió Gabriela de Oristrell. Le hubiera gustado contar con ella, pero era una idea descabellada. Primero, porque se trataba de una mujer, y segundo, porque pertenecía a la nobleza. Una cosa era tocar en una velada íntima, otra participar en una orquesta. En la jerarquía de una casa señorial, los músicos estaban al mismo nivel que los criados. Y sin embargo... Había reconocido la melodía básica, pero bajo las manos de Gabriela había adquirido nueva dimensión. ¿Por qué no era aquello lo que sonó en la fiesta?

En busca de alguna respuesta, Manuel de Sumaya se acercó a Nuño, que estaba dando buena cuenta del jamón de una fuente. Le resultaba imposible obviar lo que había oído.

—Nuño, disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta?

El maestro de la familia De Oristrell tragó rápido mientras asentía.

—¿Desde cuándo toma clases de clavecín la señorita Gabriela?

—No, no, maestro. Los De Oristrell no tienen clavecín en casa. Toma clases de clavicordio desde hace unos seis años.

Manuel de Sumaya no pudo ocultar su sorpresa. «¡Es extraordinario! —pensó—. Eso no es talento, es un don de Dios.»